

CATEGORÍA ESPECIAL

Premio Narrativa

Título: **Un día en Benarés (Varanasi)**

Autor: **Juan Tecles Sánchez**

Son las seis de la mañana y el despertador biológico —no dispongo, ni falta que me hace, de un aparato convencional que me diga a la hora que tengo que ponerme en *modo on*— me alerta de que ha llegado el momento de interrumpir el descanso y conectarnos con el mundo de los activos para comenzar una nueva jornada que nos llevará a descubrir, y seguramente gozar, de una ciudad hasta ahora desconocida para nosotros.

Estamos disfrutando de unos días de holganza —que al final del periplo resultarían ser más duros y estresantes que los habituales del trabajo cotidiano— en una ciudad emblemática, sobre todo para el mundo que abraza la religión hinduista, donde la tradición dice que el dios Shiva echó los restos en los momentos de su fundación. Esa ciudad no es otra que Benarés —Varanasi, en la lengua hindi—, donde se rezuma espiritualidad por doquier, repleta de innumerables templos centenarios y poblada por una gran diversidad de gentes variopintas, tanto por sus vestimentas como por su aspecto físico, que le otorgan unas características propias e incomparables a cualquier otro lugar de los que ya hemos visitado y conocido hasta ahora en nuestro viaje.

El *Sanctasanctórum*, el epicentro donde se manifiesta en todo su esplendor esa multiplicidad de peculiaridades, de rasgos distintivos que la hacen única, se localiza en las orillas del río sagrado que le da la vida: el Ganges, jalonado en su ribera por un centenar de *ghats* cuyas escalinatas dan acceso a las zonas dedicadas a las abluciones, en las que los fieles persiguen purificar sus pecados, y a las plataformas crematorias, donde los vivos incineran a los traspasados en una representación fantasmagórica del último acto del teatro de sus vidas terrenales.

De un salto abandono el lecho que me ha permitido un descanso merecido después del ajetreado día de ayer y una vez acicalado convenientemente, junto a mi buen compañero de viajes y mi inseparable mochila, nos dirigimos al lugar en el que previamente habíamos concertado con un *guía* local. Caminamos por la todavía despejada ciudad, bajo una luminosidad incipiente, hasta llegar al lugar acordado y allí estaba esperándonos haciendo gala de una puntualidad exquisita —supongo que fruto de secuelas reminiscentes del colonialismo británico—, sentado sobre la borda de una pequeña embarcación de madera sin ningún motor que pudiera perturbar la paz que se respira a la orilla de un río calmado donde sus aguas parecen sufrir un alto grado de contaminación pero que, sin embargo, a los propios usuarios les parece, además de sagrado, puro.

Cuando me acerco a la silueta recortada que se atisba en la penumbra del amanecer descubro a una persona distinta a la que habíamos contratado el paseo el día anterior. Es un muchacho joven, de color aceitunado, escaso en estatura, delgado pero fibroso, con el pelo negro azabache, lacio y brillante, acabado en un flequillo sobre la frente; cejijunto y de ojos más oscuros, si cabe, que su cabello. Su penetrante mirada, precursora de un gesto de su mano, nos invita a subir sobre lo que según mi criterio aparenta ser un inseguro bote. Sin mediar más palabras que las justas de los saludos de cortesía, nos encaramamos sobre la inestable pieza de museo, que a pesar de ello, flota, y a fuerza de remadas tranquilas, pausadas, pero rítmicas y constantes, el barbilampiño barquero va